

# CIUDAD BLANCA

A mi querido primo Rufino Delgado

Aunque vivo de ti lejos  
no te olvido, Ciudad Blanca,  
y recuerdo con cariño  
tu silueta legendaria;  
la altivez de tu castillo  
y el cerco de tus murallas  
y tu gentil catedral  
y el sonar de sus campanas.

Aunque vivo de ti ausente  
contempla siempre mi alma  
el gris de tus olivares  
y tu vega perfumada,  
y el espejo de tu río  
cuyas rumorosas aguas  
al viejo puente romano  
su ausencia dolientes cantan.

Todo lo recuerda, todo  
mi existencia apasionada;  
desde tu bello paisaje  
luminoso como un ascua,

hasta el ambiente tranquilo  
de tus calles y tus plazas,  
y el encanto de tus fiestas  
de emociones saturadas.

Y con sentimiento, evoco  
a mi juventud lejana,  
plena de buenos amigos,  
llena de ilusiones gratas,  
y la imagen primorosa  
de la Virgen de la Gracia,  
con su alegre Romería  
de fervores saturada.

Todo lo recuerda amante  
mi existencia apasionada,  
abrumada de inquietudes  
y cargada de nostalgias.

Mas aunque te vivo ausente  
por estar tan alejada,  
no te olvida mi cariño  
predilecta Ciudad Blanca.

Segundo DELGADO

Toro, Marzo 1978.

# CULPABLE

(CUENTO)

por Jesús DELGADO VALHONDO



HABIA nacido Enrique en un sanatorio quirúrgico, de una madre de clase media que soñaba con pertenecer a la aristocracia. Sobre todo a una aristocracia provinciana y con casa solariega. La madre de Enrique se agarraba a las asas de su cuarto apellido que era un López, de no se qué, sonoro y montesino.

Un día, de esos que salen bajos y soplonos, oyó decir a un profesor de Instituto que los López con adjetivos era para distinguirlos del López primordial. Del López a secas. Los otros eran como las ramas del árbol. Y no sé cuántas cosas más que le amargaron como si hubiese tomado quinina y con un desasosiego que le tenía una mano a medio entumir.

Hasta los ocho años de haber nacido Enrique su madre no tuvo más hijos. Eso, sí; después vinieron en cuatro años, cuatro hijos. No le disgustó a Enrique tener hermanos. Ser hijo único le cargaba el ánimo de un sentimiento nefasto.

A los nueve años Enrique había podido subir al campanario y tocar a arrebato, porque sí. Ir campo abierto a pedreas y recibir una pedrada y curársela con una telilla de caña sobre la herida. Poner alfileres en timbres. Romper bombillas con un tirachinas. No terminaríamos nunca de contar. Algunas veces tenían razón. Otras, no. Era, como él decía: las circunstancias.

Un día compró con su amigo José dos cangrejos y un puro. Se comieron los cangrejos y se fumaron el puro. Se marearon y en una calle céntrica vomitaron. Pasaban en aquellos momentos unas amigas de la madre de Enrique. Decían: ¡Tan pequeños y borrachos! ¡Qué vergüenza! ¡A dónde vamos a parar! A éste —señalaba a Enrique— lo conozco y se lo diré a su madre. ¡Lo que nos hacía falta!

Se lo dijeron a la madre de Enrique. Pero él no le daba importancia. Se encogía de hombros.

—Defiéndete, hombre. Dí la verdad.

—¡Sí, ahora, no has sido tú!

Volvió la cara. Ni caso.

Cuando murió la abuela a En-



rique le mandaron al desván. Y muchacho que llegaba, al desván. Se juntaron allí cuatro o cinco. Necesitaban quitarse niños de encima mientras preparaban a la abuela, la casa, las sillas, la comida extraordinaria de difuntos. La abuela había quedado al sesgo —no sé quién dijo al bies— y no hubo posibilidad de ponerla derecha. La vistieron con un traje de raso negro y brillaba como un escarabajo tremendo. Le pusieron una cinta de terciopelo en la papada y le hicieron un hermoso moño con relleno. A la madre de Enrique le gustaban las cosas bien hechas. La gente que entraba a ver a la difunta comentaba que estaba muy bien. Y llenaba de orgullo a la madre de Enrique. Hubo quien dijo: "La señora parece una santa".

Al día siguiente, otra vez al desván. Había corrido la voz y se juntaron siete.

Abajo ruidos de sillas. Un baile de sillas. Todas quedaron arriadas a la pared.

Los sillones, para los dolientes. Necesitaban descansar. Limpiaron la casa de arriba a abajo. "¡Qué limpien los dorados!". Oía todo a pimienta y a vinagre.

Se llenaba la casa de gente. De vez en cuando preguntaban:

—¿Y Enrique?

—Enrique, en el desván.

En el desván tenían formado un alboroto de padre y muy señor mío. Domingo espiaba constantemente desde la ventana. Daba noticias. Ha llegado la caja. La caja fue la preocupación de toda la familia. La encargaron a una ciudad vecina y llegó casi a la hora del entierro. Pen-

saban que iban a tener que dejarlo para el día siguiente.

Domingo seguía dando noticias: "Acaba de llegar el coche fúnebre". "Ya están tocando". "Pronto, los curas". ¡Pobre Domingo! En una guerra lo mataron por curiosidad.

—No te asomes, que te dan, que te dan, le decían.

Y le dieron.

Entraba la gente como en un partido de fútbol ya empezado. Seguían preguntando.

—¿Y Enrique?

—Enrique, en el desván.

En el desván ocurrían cosas importantes. Habían descubierto un nido de ratones.

Enrique se empeñaba en guardarlos. Lo metió en el bolsillo de un "babi" negro, que acababa de estrenar, tapados con un pañuelo de su padre.

Buscando una jaula andaban para guardar los ratones cuando se presentó Julia a por Enrique. Su madre quería verlo. Tenerlo junto a ella mientras sacaban la caja, con la abuela, de la casa.

—Hijo mío, hijo mío. La madre de Enrique cuando cogía una frase no la soltaba así como así.

—Tu abuelita, ¿sabes?... Se ha muerto la abuela... Ya no la veremos más.

—Ya no la veremos más... Ya no la veremos más...

Enrique entre tanto abrazo de su madre y tanto lloriquear, de aquí y de allá, se estaba conmoviendo.

—Hijo, hijo mío. Con lo que te quería la abuela, con lo que te quería la abuela, con lo que te quería... Se le cortó la frase mirando a su hijo.

Y siguió.

—¿Es que no estás triste?

En el oído le decía:

—Llora, llora. Que la gente te vea llorar.

A Enrique le produjo cosquillas en el oído el susurro de su madre y a punto estuvo de echarlo todo a perder.

La madre volvía a la carga.

—Llora, hijo, llora.

La sala estaba imponente. La gente se ponía de pie muy seria, muy compungida.

Pasaba la caja por el pasillo adelante.

La madre apretó más a Enrique. Y Enrique se asfixiaba. Le picaban los ojos y la nariz. Echó mano del pañuelo y los ratones saltaron del bolsillo camino de rincones, asustados y acobardados. Gritos, desmayos, risas internas, brazos clamando, mujeres en las sillas, subiéndose las faldas a ver si el ratón se atrevía con sus piernas. Como decía don Leoncio; "la algarabía era fenomenal". Los ataques de nervios se daban a pares. Dejaron caer la caja y hubo que abrirla para ver si la abuela se había roto.

El empleado de la funeraria, con uniforme, con botones de marino, que le estaba grande, miraba con los ojos muy abiertos a una señora gorda que se subió a una mesita y enseñaba unos muslos rosados y gritaba por cinco o seis. Se rompió la mesa. Fue necesario ver si se había clavado alguna astilla, porque estaba dolorida y maltrecha. La señora en paños menores era mucho más gorda que vestida.

La culpa se la llevó Enrique, íntegra. Le gritaban:

—¡Culpable! ¡Culpable!

Y Enrique se acordaba de los

juicios americanos que veía en la televisión.

Sí, le falta poco, aquello vino a rematar su fama y reputación.

Enrique quedó señalado por los índices de toda una capital de provincia.

Desde ese mismo momento cuando había un estropicio, estando él o sin estar, recibía el calificativo de culpabilidad.

Si se quemaba la falda de la camilla: Enrique tuvo la culpa.

Si se rompía un jarrón chino: Enrique fue.

Si de la Enciclopedia Espasa recortaron un cuadro: Enrique tenía que ser.

Enrique se acostumbró. Se acostumbró desde el primer día. Cuando le señalaban se encogía de hombros y decía: "Bueno, bueno...".

—Enrique te echan a ti la culpa y tú ni siquiera estabas allí.

—Bueno, bueno...

—Es que tienes que defenderte.

—Qué más da. Que piensen lo que quieran. Me es igual. Estoy acostumbrado.

—¡Ay, lo que te espera en la vida!

—Bueno, bueno...

Cuando se enfrentó con la vida a Enrique le parecía que iba cabalgando en el corcel del aire. Tenía dieciocho años. Comenzaba sus estudios universitarios.

Llegaron antes que él noticias suyas. Le ocurría lo de siempre. Y es que como él mismo se decía: "Estoy en todos los bollos. No se cómo me las arreglo".

Ni riño nunca, ni formo escándalo. Pero...

—Enrique ha sido.

—El promotor, Enrique.

—Por medio de Enrique...



—Ese Enrique, ese Enrique...  
Y Enrique siempre despreocu-  
pándose:

—Bueno, bueno...

Finalizaba mayo. Iba Enrique tranquilamente distraído. No oyó la bocina. Porque no llevaba bocina el camión. Ni oyó el camión. Se le echó encima en un abrir y cerrar de ojos. Quedó tendido en la calle. Parecía que, en vez de caminar él en el aire, el aire cabalgaba en él. Muchas caras, torcidas, absurdas, ilógicas, no le dejaban ver el cielo. Le hacía daño las miradas que, como agujas le cosían a una tierra blanda y húmeda. Vociferaban:

—Usted cometió el error.

—¿En qué iba pensando?

—¡Nos ha metido en un buen lío!

—La culpa es suya.

—Es usted culpable.

—El culpable.

—El culpable.

Enrique se moría como si vertiese todo su ser en un inmenso cántaro azul. Nadie le ofrecía ni vaso de agua y le devoraba la sed.

Se le acercó un amigo y le dijo:

—Enrique, por Dios, ¡tenías que ser tú!

El coro declamaba:

—¡El tuvo la culpa!

—¡El tuvo la culpa!

—¡El tuvo la culpa!

Miraba y no veía. Estaba profundamente solo. Dejó de rezar.

—¡Tuvistes tú la culpa!

—Bueno, hombre, bueno...

Y no dijo más, porque la voz le faltaba.

## EXTREMEÑO

## CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.

## Amor por cada cosa

A veces siento amor por cada cosa,  
por cada leve pasc en el camino,  
por el afán que suma y se hace lío  
con razón de vivir donde se posa:  
unas veces en verso, otras en prosa  
según sople la fuerza del destino  
—alborozado tiempo o duro espino  
que dirige mi sangre misteriosa.—

Amo. Y amar me vuelve tan sencilla  
como un grano de trigo, una semilla,  
una silvestre flor dulce y abierta.

Amar, porque me llena, aunque la vida  
mortifique mi carne estremecida.  
Florecer al amor después de muerta.

Matilde CAMUS